



Franz Kafka

Un artista  
del hambre



**E** LEJANDRIA

# UN ARTISTA DEL HAMBRE

FRANZ KAFKA

1922

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Se ha tomado como base la traducción al inglés realizada por Ian Johnston

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# Un artista del hambre

Franz Kafka

En las últimas décadas, el interés por los artistas del hambre ha disminuido considerablemente. Mientras que antes se ganaba mucho dinero realizando grandes producciones de este tipo bajo la propia dirección, hoy en día eso es totalmente imposible. Eran otros tiempos. Entonces el artista del hambre acaparaba la atención de toda la ciudad. De día en día, mientras duraba el ayuno, la participación aumentaba. Todo el mundo quería ver al artista del hambre al menos a diario. Durante los últimos días había gente con entradas de abono que se sentaba todo el día frente a la pequeña jaula de barrotes. E incluso había horas de visionado por la noche, cuyo impacto aumentaba con la luz de las antorchas. En los días buenos, la jaula se sacaba al aire libre y entonces el artista del hambre se exponía especialmente para los niños. Mientras que para los adultos el artista del hambre era a menudo una mera broma, algo en lo que participaban porque estaba de moda, los niños miraban asombrados, con la boca abierta, agarrándose de las manos por seguridad, mientras él estaba sentado en una silla de paja esparcida, con mallas negras, pálido, con las costillas sobresaliendo prominentemente, a veces asintiendo amablemente, respondiendo a las preguntas con una sonrisa forzada, incluso sacando el brazo a través de los barrotes para que la gente notara lo demacrado que estaba, pero luego volviendo a hundirse por completo en sí mismo, de modo que no prestaba atención a nada, ni siquiera a lo que era tan importante para él, el sonido del reloj, que era el único mobiliario de la jaula, limitándose a mirar al frente con los ojos casi cerrados y, de vez en cuando, a sorber de un pequeño vaso de agua para humedecer los labios.

Aparte de los grupos cambiantes de espectadores, había también observadores constantes elegidos por el público -extrañamente solían ser carniceros- que, siempre de tres en tres, tenían la tarea de observar al artista del hambre día y noche, para que no consiguiera comer de alguna manera secreta. Sin embargo, se trataba de una mera formalidad, introducida para tranquilizar a las masas, pues los que entendían sabían bien que durante el período de ayuno el artista del hambre nunca, bajo ninguna circunstancia, habría comido lo más mínimo, ni siquiera si se le obligaba por la fuerza. El honor de su arte se lo prohibía. Naturalmente, ninguno de los vigilantes lo entendía. A veces había grupos nocturnos de vigilantes que llevaban a cabo su vigilia de forma muy laxa, sentándose deliberadamente juntos en un rincón lejano y poniendo toda su atención en jugar allí a las cartas, con la clara intención de permitir al artista del hambre un pequeño refrigerio, que, según su forma de pensar, podría obtener de algún suministro secreto. Nada era más insoportable para el artista del hambre que esos observadores. Le deprimían. Hacían que su ayuno fuera terriblemente difícil. A veces se sobreponía a su debilidad y cantaba durante el tiempo que le observaban, mientras podía mantenerlo, para demostrar a la gente lo injustas que eran sus sospechas sobre él. Pero eso servía de poco. Porque entonces sólo se preguntaban entre ellos sobre su habilidad para poder comer incluso mientras cantaba. Prefería mucho a los observadores que se sentaban junto a los barrotes y, no satisfechos con la tenue luz de fondo de la sala, le iluminaban con linternas eléctricas. La luz deslumbrante no le molestaba lo más mínimo. Por lo general, no podía dormir en absoluto, y siempre podía dormitar bajo cualquier iluminación y a cualquier hora, incluso en un auditorio abarrotado y ruidoso. Con tales observadores, estaba felizmente dispuesto a pasar toda la noche sin dormir. Le complacía mucho bromear con ellos, contar historias de su vida nómada y, a su vez, escuchar sus relatos, haciendo todo lo posible por mantenerlos despiertos, para poder seguir mostrándoles una vez más que no tenía nada que comer en su jaula y que ayunaba como ninguno de ellos.

Sin embargo, era más feliz cuando llegaba la mañana y se les llevaba un abundante desayuno a su costa, al que se lanzaban con el apetito de los hombres sanos después de una dura noche de trabajo sin dormir. Es cierto que todavía había personas que querían ver en este desayuno un medio desleal de influir en los observadores, pero eso era ir demasiado lejos, y si se les preguntaba si querían realizar el turno de noche de los observadores por sí mismo, sin el desayuno, se excusaban. Pero, no obstante, mantenían sus sospechas.

Sin embargo, en general, formaba parte del ayuno que estas dudas estuvieran inextricablemente asociadas a él. Porque, de hecho, nadie estaba en condiciones de observar al artista del hambre todos los días y todas las noches, por lo que nadie podía saber, basándose en su propia observación, si se trataba de un caso de ayuno verdaderamente ininterrumpido e impecable. El propio artista del hambre era el único que podía saberlo y, al mismo tiempo, el único espectador capaz de estar completamente satisfecho con su propio ayuno. Pero la razón por la que nunca estaba satisfecho era algo diferente. Tal vez no era el ayuno lo que le hacía estar tan demacrado que mucha gente, a su pesar, tenía que alejarse de su actuación, porque no podía soportar mirarle. Porque también estaba tan esquelético por insatisfacción consigo mismo, porque sólo él sabía algo que ni siquiera los iniciados sabían: lo fácil que era ayunar. Era lo más fácil del mundo. Sobre esto no se quedó callado, pero la gente no le creyó. En el mejor de los casos, pensaban que estaba siendo modesto. La mayoría, sin embargo, creía que era un buscador de publicidad o un estafador total, para quien, en todo caso, el ayuno era fácil, porque entendía cómo hacerlo fácil, y luego tenía el valor de admitirlo a medias. Tuvo que aceptar todo eso. Con los años se había acostumbrado a ello. Pero esta insatisfacción le seguía royendo las entrañas todo el tiempo y nunca todavía -y esto había que decirlo en su favor- había salido de la jaula por voluntad propia después de algún período de ayuno.

El empresario había fijado la duración máxima del ayuno en cuarenta días; nunca permitía que el ayuno se prolongara más allá de ese punto, ni siquiera en las ciudades cosmopolitas. Y, de hecho, tenía una buena razón. La experiencia había demostrado que durante unos cuarenta días se podía despertar el interés de una ciudad aumentando gradualmente la publicidad, pero que luego la gente se alejaba; se podía demostrar un descenso significativo de la popularidad. A este respecto, había, por supuesto, pequeñas diferencias entre las distintas ciudades y entre los distintos países, pero por regla general era cierto que cuarenta días era la duración máxima.

Así pues, el cuadragésimo día se abrió la puerta de la jaula -que estaba cubierta de flores-, un público entusiasta llenó el anfiteatro, una banda militar tocó, dos médicos entraron en la jaula, para tomar las medidas necesarias del artista del hambre, los resultados se anunciaron al auditorio a través de un megáfono, y finalmente llegaron dos jóvenes, felices por ser las que acababan de ser seleccionadas por sorteo, buscando conducir al artista del hambre por un par de escalones fuera de la jaula, donde en una pequeña mesa se dispuso una comida de hospital cuidadosamente elegida. Y en ese momento el artista del hambre siempre se defendía. Por supuesto, seguía apoyando libremente sus huesudos brazos en las serviciales manos extendidas de las señoras que se inclinaban sobre él, pero no quería levantarse. ¿Por qué parar ahora después de cuarenta días? Podría haber seguido durante más tiempo, sin límite de tiempo. ¿Por qué parar ahora, cuando estaba en su mejor forma, es más, ni siquiera en su mejor forma de ayuno? Por qué la gente quería robarle la fama de ayunar más tiempo, no sólo para que se convirtiera en el mayor artista del hambre de todos los tiempos, que probablemente ya lo era, sino también para que se superara a sí mismo de alguna manera inimaginable, pues sentía que no había límites para su capacidad de ayuno. ¿Por qué esta multitud, que pretendía admirarlo tanto, tenía tan poca paciencia con

él? Si continuaba y seguía ayunando más tiempo, ¿por qué no lo toleraban? Además, estaba cansado y se sentía bien sentado en la paja. Ahora se suponía que debía ponerse de pie y erguido e ir a comer, algo que, cuando sólo lo imaginaba, le hacía sentir náuseas de inmediato. Con gran dificultad reprimió mencionar esto sólo por consideración a las mujeres. Y miró a los ojos de estas mujeres, aparentemente tan amistosas pero en realidad tan crueles, y sacudió su cabeza excesivamente pesada sobre su débil cuello.

Pero entonces ocurrió lo de siempre. El empresario se acercó y en silencio -la música hacía imposible hablar- levantó los brazos sobre el artista del hambre, como invitando al cielo a mirar su obra aquí en la paja, este desafortunado mártir, algo que el artista del hambre ciertamente era, sólo que en un sentido completamente diferente, y luego agarró al artista del hambre por su delgada cintura, queriendo con su exagerada cautela hacer creer que aquí se trataba de algo frágil, y lo entregó -no sin sacudirlo un poco en secreto, de modo que las piernas y la parte superior del cuerpo del artista del hambre se balanceaban de un lado a otro sin control- a las mujeres, que entretanto se habían puesto pálidas como la muerte. En ese momento, el artista del hambre lo soportó todo. Su cabeza yacía sobre el pecho -era como si hubiera rodado inexplicablemente y se hubiera detenido allí-, su cuerpo estaba arqueado hacia atrás, sus piernas, en un impulso de autoconservación, se apretaban a la altura de las rodillas, pero rozaban el suelo, como si no estuvieran realmente en el suelo sino que buscaran el verdadero suelo, y todo el peso de su cuerpo, ciertamente muy pequeño, se apoyaba en una de las mujeres, que pedía ayuda con la respiración agitada, pues no había imaginado que su puesto de honor sería así, y luego estiró el cuello lo más posible, para evitar que su cara tuviera el menor contacto con el artista del hambre, pero luego, cuando no pudo lograrlo y su compañera más afortunada no acudió en su ayuda, sino que tembló y se contentó con sostener frente a ella la mano del artista del hambre, ese pequeño manojito de nudillos, rompió a llorar, ante las risas encantadas del auditorio, y tuvo que ser relevada por



un asistente que estaba preparado desde hacía tiempo. Luego llegó la comida. El empresario puso un poco de comida en la boca de la artista del hambre, ahora medio inconsciente, como si se desmayara, y mantuvo una alegre charla diseñada para desviar la atención del estado de la artista del hambre. Entonces se proponía un brindis al público, que supuestamente era susurrado al empresario por el artista del hambre, la orquesta lo confirmaba todo con una gran fanfarria, la gente se dispersaba, y nadie tenía derecho a estar insatisfecho con el evento, nadie excepto el artista del hambre: siempre era el único.

Vivió así, con pequeñas pausas regulares, durante muchos años, aparentemente en el candelero, honrado por el mundo, pero a pesar de todo su estado de ánimo era generalmente sombrío, y cada vez más sombrío, porque nadie entendía cómo tomarlo en serio. ¿Pero cómo iba a encontrar consuelo? ¿Qué le quedaba por desear? Y si alguna vez un hombre bondadoso que se compadeciera de él quería explicarle que su tristeza probablemente se debía a su ayuno, podía ocurrir que el artista del hambre respondiera con un arrebató de ira y comenzara a sacudir los barrotes como un animal, asustando a todos. Pero el empresario tenía una forma de castigar momentos como éste, algo que utilizaba con gusto. Presentaba una disculpa del artista del hambre al público reunido, concediendo que la irritabilidad había sido provocada sólo por su ayuno, algo bastante inteligible para la gente bien alimentada y capaz de excusar el comportamiento del artista del hambre sin más explicaciones. De ahí pasaría a hablar de la afirmación, igualmente difícil de entender, del artista del hambre de que podría seguir ayunando durante mucho más tiempo del que lo estaba haciendo. Elogiaba el elevado esfuerzo, la buena voluntad y la gran abnegación que sin duda contenía esta afirmación, pero luego trataba de contradecirla simplemente presentando fotografías, que también estaban a la venta, pues en ellas se podía ver al artista del hambre en el cuadragésimo día de su ayuno, en la cama, casi muerto de agotamiento. Aunque el artista del hambre estaba muy familiarizado



con esta perversión de la verdad, siempre volvía a tensar sus nervios y era demasiado para él. ¡Lo que era un resultado de la terminación prematura del ayuno la gente lo proponía ahora como su causa! Era imposible luchar contra esta incompreensión, contra este mundo de malentendidos. De buena fe, siempre escuchaba con entusiasmo al empresario en los barrotes de su jaula, pero cada vez, una vez que salían las fotografías, soltaba los barrotes y, con un suspiro, se hundía de nuevo en la paja, y un público tranquilizado podía volver a subir a verlo.

Cuando los que habían presenciado esas escenas recordaban, unos años más tarde, a menudo eran incapaces de entenderse a sí mismos. Porque entretanto se había producido el cambio antes mencionado. Ocurrió casi inmediatamente. Puede que hubiera razones más profundas para ello, pero ¿quién se molestó en descubrir cuáles eran? En cualquier caso, un día el mimado artista del hambre se vio abandonado por la multitud de buscadores de placer, que preferían acudir a otras atracciones. El empresario persiguió una vez más a media Europa con él, para ver si todavía podía redescubrir el antiguo interés aquí y allá. Todo fue inútil. Era como si en todas partes se hubiera desarrollado un acuerdo secreto contra las actuaciones en ayunas. Naturalmente, no podía haber ocurrido de golpe, y la gente recordaba después algunas cosas a las que en los días del éxito embriagador no había prestado suficiente atención, algunos indicios inadecuadamente reprimidos, pero ahora era demasiado tarde para hacer algo para contrarrestarlos. Por supuesto, era seguro que la popularidad del ayuno volvería algún día, pero para los que ahora vivían eso no era ningún consuelo. ¿Qué iba a hacer ahora el artista del hambre? Un hombre al que miles de personas habían vitoreado no podía exhibirse en puestos de exhibición en pequeñas ferias de diversión. El artista del hambre no sólo era demasiado viejo para dedicarse a otra profesión, sino que era fanático del ayuno más que de cualquier otra cosa. Así que se despidió del empresario, compañero incomparable en el camino

de su vida, y se dejó contratar por un gran circo. Para evitar sus propios sentimientos, ni siquiera miró las condiciones de su contrato.

Un gran circo, con su enorme número de hombres, animales y artilugios, que se desprenden y reponen constantemente, puede utilizar a cualquiera en cualquier momento, incluso a un artista del hambre, siempre que, por supuesto, sus exigencias sean modestas. Además, en este caso concreto no sólo se contrató al propio artista del hambre, sino también a su antiguo y famoso nombre. De hecho, dada la naturaleza característica de su arte, que no se vio mermada por su avanzada edad, nunca se podría afirmar que un artista agotado, que ya no estaba en la cúspide de su capacidad, quisiera escapar a una posición tranquila en el circo. Por el contrario, el artista del hambre declaró que podía ayunar tan bien como en épocas anteriores, algo totalmente creíble. De hecho, incluso afirmó que si la gente le dejaba hacer lo que quería -y se lo prometieron sin más-, ahora sí que asombraría legítimamente al mundo por primera vez, una afirmación que, sin embargo, dado el estado de ánimo de la época, que el artista del hambre en su entusiasmo pasó fácilmente por alto, sólo provocó sonrisas entre los expertos.

Sin embargo, el artista del hambre no había olvidado su sentido de la realidad, y dio por sentado que la gente no lo colocaría a él y a su jaula como la atracción principal en el centro de la arena, sino que lo trasladaría al exterior, a algún otro lugar de fácil acceso, cerca de los puestos de animales. Enormes carteles pintados con colores brillantes rodeaban la jaula y anunciaban lo que había que ver allí. En los intervalos de la representación principal, cuando el público se dirigía hacia la casa de fieras para ver a los animales, no podía evitar pasar junto al artista del hambre y detenerse allí un momento. Tal vez habrían permanecido con él más tiempo, si los que se empujaban detrás de ellos en el estrecho pasillo, que no entendían esta pausa en el camino hacia los puestos de animales que querían ver, no hubieran hecho imposible una observación pacífica más

larga. Esta era también la razón por la que el artista del hambre empezaba a temblar ante estas horas de visita, que naturalmente solía anhelar como el principal objetivo de su vida. En los primeros días apenas podía esperar las pausas en las representaciones. Había esperado con deleite la multitud que se agolpaba a su alrededor, hasta que se convenció demasiado pronto -y ni siquiera el autoengaño más obstinado y casi deliberado pudo resistir la experiencia- de que, a juzgar por sus intenciones, la mayoría de estas personas estaban, una y otra vez sin excepción, sólo visitando la casa de fieras. Y esta vista a distancia seguía siendo su momento más hermoso. Porque cuando se acercaron a él, enseguida se encontró con los gritos de dos grupos que iban en aumento, los que querían tomarse su tiempo para mirar al artista del hambre, no por comprensión sino por capricho o por mero desafío -para él estos fueron pronto los más dolorosos- y un segundo grupo de personas cuya única exigencia era ir directamente a los puestos de los animales.

Una vez que pasaba la gran muchedumbre, llegaban los más tardíos, y aunque ya nada impedía a estas personas quedarse todo el tiempo que quisieran, pasaban a toda prisa con largas zancadas, casi sin mirar de reojo, para llegar a los animales a tiempo. Y era un golpe de suerte demasiado raro cuando el padre de una familia se acercaba con sus hijos, señalaba con el dedo al artista del hambre, daba una explicación detallada sobre lo que ocurría aquí y hablaba de años anteriores, cuando había asistido a representaciones similares pero incomparablemente más magníficas, y entonces los niños, por haber sido preparados inadecuadamente en la escuela y en la vida, se quedaban siempre quietos sin comprender. ¿Qué era el ayuno para ellos? Pero, sin embargo, el brillo de la mirada en sus ojos escrutadores revelaba algo de tiempos nuevos y más graciosos que se avecinaban. Tal vez, se decía a veces el artista del hambre, todo sería un poco mejor si su ubicación no estuviera tan cerca de los puestos de animales. Así sería más fácil para la gente hacer su elección, por no hablar de que estaba muy molesto y

constantemente deprimido por el hedor de los establos, el alboroto de los animales por la noche, los trozos de carne cruda arrastrados a su lado para las bestias carnívoras y los rugidos a la hora de comer. Pero no se atrevió a hablar de ello con la administración. En cualquier caso, tenía que agradecer a los animales la multitud de visitantes entre los que, aquí y allá, podía haber uno destinado a él. Y quién sabía dónde lo esconderían si quería recordarles su existencia y, junto con ello, el hecho de que, en sentido estricto, no era más que un obstáculo en el camino hacia la casa de fieras.

Un pequeño obstáculo, en todo caso, un obstáculo que disminuía constantemente. La gente se acostumbró a la extraña idea de que en estos tiempos querrían prestar atención a un artista del hambre, y con esta conciencia habitual se pronunció el juicio sobre él. Podía ayunar tan bien como pudiera -y lo hacía-, pero ya nada podía salvarle. La gente pasaba directamente de él. Intenta explicar el arte del ayuno a alguien. Si alguien no lo siente, no se le puede hacer entender. Los hermosos carteles se volvieron sucios e ilegibles. La gente los arrancó y nadie pensó en reponerlos. La pequeña tabla con el número de días que había durado el ayuno, que al principio se había renovado cuidadosamente cada día, permaneció sin cambios durante mucho tiempo, pues después de las primeras semanas el personal se cansó incluso de esta pequeña tarea. Y así, el artista del hambre siguió ayunando sin cesar, como había soñado en otros tiempos, y no tuvo dificultad en lograr lo que había predicho entonces, pero nadie contaba los días; nadie, ni siquiera el propio artista del hambre, sabía lo grande que era su logro en ese momento, y su corazón se entristeció. Y cuando de vez en cuando una persona que pasaba por allí se burlaba del viejo número y hablaba de una estafa, era en cierto modo la mentira más estúpida que la indiferencia y la malicia innata podían inventar, pues el artista del hambre no estaba engañando -estaba trabajando honestamente-, sino que el mundo le estaba engañando en su recompensa.

Volvieron a pasar muchos días, y esto también llegó a su fin. Finalmente, la jaula llamó la atención de un supervisor, y éste preguntó al encargado por qué habían dejado esta jaula perfectamente útil sin usar y con paja podrida dentro. Nadie lo sabía, hasta que un hombre, con la ayuda de la mesa con el número, se acordó del artista del hambre. Empujaron la paja con una pértiga y encontraron al artista del hambre allí dentro. "¿Sigues ayunando?", le preguntó el supervisor. "¿Cuándo vas a parar por fin?". "Perdóname todo", susurró el artista del hambre. Sólo el supervisor, que apretaba la oreja contra la jaula, le entendió. "Ciertamente", dijo el supervisor, golpeando su frente con el dedo para indicar a los espectadores el estado en que se encontraba el artista del hambre, "te perdonamos". "Siempre quise que admiraran mi ayuno", dijo el artista del hambre. "Pero lo admiramos", dijo el supervisor servicialmente. "Pero no deberíais admirarlo", dijo el artista del hambre. "Pues bien, no lo admiramos", dijo el supervisor, "pero ¿por qué no deberíamos admirarlo?". "Porque tenía que ayunar. No puedo hacer otra cosa", dijo el artista del hambre. "Mírate", dijo el supervisor, "¿por qué no puedes hacer otra cosa?". "Porque", dijo el artista del hambre, levantando un poco la cabeza y, con los labios fruncidos como para un beso, hablando justo al oído del supervisor para que no se perdiera nada, "porque no pude encontrar una comida que me gustara. Si la hubiera encontrado, créame, no habría dado un espectáculo y habría comido a gusto, como usted y todos los demás". Ésas fueron sus últimas palabras, pero en sus ojos desfallecidos había la firme, aunque ya no orgullosa, convicción de que seguía ayunando.

"Muy bien, ordenad esto ahora", dijo el supervisor. Y enterraron al artista del hambre junto con la paja. Pero en su jaula pusieron una joven pantera. Incluso para una persona con la mente más aburrida era claramente refrescante ver a este animal salvaje lanzándose en esta jaula, que había sido lúgubre durante tanto tiempo. No le faltaba nada. Sin pensarlo mucho, los guardias le llevaron comida al animal. Disfrutaba del sabor y no parecía echar de menos su

libertad. Este noble cuerpo, equipado con todo lo necesario, casi hasta reventar, también parecía llevar consigo la libertad. Ésta parecía estar situada en algún lugar de sus dientes, y su alegría de vivir salía con una pasión tan fuerte de su garganta que no era fácil para los espectadores seguir observando. Pero se controlaron, siguieron presionando alrededor de la jaula, y no tuvieron deseos de seguir adelante.